

A modo de Hora Santa (En la tarde-noche). Jn 18,1-2

Texto evangélico:

Dicho esto, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entraron él y sus discípulos. Pero también Judas el que lo entregaba, conocía el sitio, porque Jesús se había reunido muchas veces allí con sus discípulos.



El olivo

Un texto corto, pero realmente rico. Con mucha acción en tan sólo dos versículos, con muchos elementos evocadores para este día de Jueves Santo, día del Amor. Curiosamente, “amor” está ausente del texto, pero... en realidad está muy presente. Vamos a sentarnos al pie de este olivo, entre las fragancias de esta noche, acompañando a Jesús. Veámoslo:

La Pascua se celebraba en casa. Así lo hizo también Jesús. Pero después de la comida, él se levantó y salió fuera, rebasó los límites establecidos por la ley, porque pasó al otro lado del torrente Cedrón, que señalaba los confines de Jerusalén. No tuvo miedo del caos, no quiso esquivarlo, se adentró en él hasta lo más profundo, hasta las fauces mismas de la muerte. Jesús salió, con decisión, y ello nos habla de que lo más anhelado por su corazón en estos momentos es dar vida.

[silencio/música]

Jesús sale: las únicas fronteras son la fe y el amor de Jesucristo, amor hasta el extremo, es decir, que no hay fronteras, que hay una invitación a expandir el amor hasta más allá de cualquier mínimo: la Iglesia no es plaza fortificada, sino ciudad abierta; y, en consecuencia, creer significa salir también con Jesucristo, no temer el caos, porque Jesús es el más fuerte, porque él penetró en ese caos, y nosotros, al afrontarlo, le seguimos a «él». Creer significa salir fuera de los muros y, en medio de este mundo caótico crear espacios de acogida y de amor, de humanización, espacios para el abrazo, aunque hayamos salido, también en la intemperie.

El Señor salió fuera: éste es el signo de su fuerza. Bajó a la noche de Getsemaní, a la noche de la cruz, a la noche del sepulcro. Y pudo bajar porque, frente al poder de la muerte, él es el más fuerte; porque su amor lleva en sí el amor de Dios, que es más poderoso que las fuerzas de la destrucción. Su victoria, por tanto, se hace real justamente en este salir, en el camino de la Pasión,

de suerte que, en el misterio de Getsemaní, se halla ya presente el misterio del gozo pascual. Él es el más fuerte; no hay potencia que pueda resistírsele ni lugar que él no llene con su presencia. Nos invita a todos a emprender el camino con él, pues donde hay fe y amor, allí está él, allí la fuerza de la paz, que vence la nada y la muerte.

¿Lo creo de veras así? A veces sí, y a veces no. ¡Cuánto desánimo y duda! Ciertamente, hoy Jueves Santo puede ser un precioso día para renovar mi apuesta por estar en el mundo al modo y estilo de Jesús, también en sus Getsemaníes, fascinado por la belleza del sueño de Dios: el Reino, la Vida con mayúsculas, la humanidad nueva, los Cielos nuevos y la Tierra nueva.

[silencio/música]

Jesús salió fuera, una vez más se hace nómada, como Israel celebrando la Pascua en la salida de Egipto, una vez más camina, una vez más, va más allá, una vez más se arriesga y nos enseña a hacernos libres: nos hacemos libres, libres de la codicia de poseer, justamente cuando tomamos conciencia de nuestro ser nómadas; es entonces cuando nos hacemos libres los unos para los otros, y es entonces también cuando se nos confía la responsabilidad de transformar la tierra, hasta que podamos un día depositarla en las manos de Dios. Por esta razón, esta noche del tránsito, que nos recuerda el último y definitivo trayecto del Señor, ha de ser para nosotros exhortación constante a recordar nuestro último viaje y a no echar en olvido que un día debemos abandonar todo cuanto poseemos, y que, al final de la vida, lo que de veras cuenta no es lo que tenemos, sino únicamente lo que somos; que, a lo último, deberemos responder sobre cómo - fundados en la fe- hemos sido personas en este mundo, personas que se han dado recíprocamente la paz, la patria, la familia y la nueva ciudad.

Jesús va a un huerto al otro lado del Cedrón: no es lugar de su propiedad, tampoco de los discípulos. Jesús, una vez más, vuelve a ser esta noche huésped en aquel huerto. Pero es hermoso, porque un lugar que no es suyo, lo ha hecho suyo, es parte de su mapa existencial. Le gustaba ir allí. Al lado de Jesús y en su entrega aprendemos hoy a ser huéspedes: nos exhorta a sentirnos hermanos de aquellos que son huéspedes, pues nosotros mismos no somos otra cosa que huéspedes. Somos tan sólo huéspedes en la tierra; el Señor, que se hizo él mismo huésped y nómada, nos pide que nos abramos a todos aquellos que en este mundo han perdido la patria; espera de nosotros que nos pongamos a disposición de los que sufren, de los olvidados, de los encarcelados, de los perseguidos. Él está presente en todos ellos. En la ley de Israel, cuando se dan normas para el tiempo en que el pueblo se establezca definitivamente en la tierra prometida, se insiste en prescribir que los peregrinos sean tratados igual que todos; y al hacerlo, se acude siempre a las palabras: «¡Recuerda que tú mismo fuiste nómada y peregrino!» Somos nómadas y peregrinos. Este es el punto de vista desde el que debemos entender la tierra, nuestra vida misma, el ser los unos para los otros.

[silencio/música]

El texto del evangelio de Juan repite insistentemente dos palabras en estos dos versículos: “discípulos” (3 veces) y “Jesús” (3 veces, una de ellas aludido de modo implícito). Esto es lo más fuerte en esta hora de la entrega: la estrecha unidad de Jesús con los discípulos y los discípulos con Jesús. Entran en ese huerto, habiéndolos amado Jesús hasta el extremo, los sigue amando

hasta el extremo. Es cierto, ya no está Judas con ellos, pero no por ello se desanima Jesús, sigue adelante junto con sus discípulos. Uno no comprende o no ha querido comprender el camino propuesto por Jesús, pero no importa, quedan otros discípulos ¿quedo yo a pesar de los desánimos y los reveses en lo cotidiano de mi vida, de mis relaciones, mi trabajo, mi lucha por un mundo mejor?

No era fácil pasar el torrente Cedrón: es una zona accidentada la que hay que pasar para llegar a Getsemaní. El torrente incluso podía llevar agua abundante. No importa la dificultad: Jesús está decidido a pasar al otro lado, a abandonar la Jerusalén de la injusticia que le persigue ya para acabar con su vida. La decisión es tajante: Jesús apuesta por el otro lado, por lo “no-Jerusalén”, apuesta por un nuevo espacio y un nuevo camino, a pesar de lo tortuoso que pueda ser, a pesar de la noche que los envuelve. En nuestra vida siempre percibimos que hay que decidir: a favor de la Vida o apartándose de la Vida. Nuestro vivir y actuar no siempre es blanco o negro, tiene muchos matices, donde lo mejor se mezcla con lo no tan bueno. Quizás lo importante es volver a decirnos hoy en este Jueves Santo, que queremos pasar al otro lado del Cedrón con Jesús, que estamos asustados, pero que nuestro corazón late junto a él en esta decisión: ir al otro lado del orden injusto, de las “Jerusalenes” de este mundo.

[silencio/música]

El huerto de Getsemaní va a ser un lugar oscuro, de sufrimiento, pero ¡en definitiva es un huerto! Algo a lo que Juan da mucha importancia. Un huerto nos habla de fecundidad, incluso de vida y resurrección. En este Jueves Santo, Jesús se dirige a ese huerto, también será enterrado en otro huerto, que será lugar de resurrección. Esta es la ambigüedad de la vida y de nuestras situaciones: un mismo lugar puede experimentarse como lugar de muerte o como lugar de vida. Lo que tienen en común los dos huertos del Evangelio de Juan es que Jesús está presente en ellos, y por eso, que nuestros huertos, nuestros ámbitos vitales, son transformados desde la muerte hasta la vida, sólo cuando en ellos se va percibiendo la presencia de Jesús. ¿Qué ámbitos-huertos en mi vida, los percibo como Getsemaníes de dolor y muerte? Quizás necesito experimentar esos ámbitos con otra mirada, como lugares de vida. Puedes pedir hoy a este Jesús que su presencia transforme estos ámbitos. Hoy Jueves Santo, situándonos con la imaginación en esos ámbitos, invitemos a Jesús a pasear con nosotros por esos espacios de nuestra vida que son Getsemaní. ¿Con Él se transforman, con Él te sientes en ellos más seguro, con Él pasan a ser algo significativo, especial? Puedes hacer tuya esta frase de Anna Frank, y repertírtela, decírsela a Jesús en tu oración, a tu modo: *“No veo la miseria que hay, sino la belleza que aún queda”*.

[silencio/música]

Oración final

A mí lávame el alma. Toda el alma,
desnuda y polvorienta...

—¡Este lobo de mar que te ha seguido!—

Sosténmela, Señor, entre tus manos
como para adentrarla en el Camino
definitivamente.

(Pedro Casaldáliga)